

¿Ha de haber siempre olvido para las pobres?

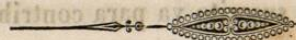
Las viudas y los huérfanos de aquellos mártires lloran en acerbo abandono!

¿Será la patria sorda á sus gemidos?

Reanudemos la historia de aquella época de tiranía.

Hemos relatado fielmente y con toda imparcialidad los sucesos del 26 de marzo y 7 de mayo de 1848; pero como nuestra narración solo se estiende á los acontecimientos públicos que estuvieron al alcance de todos, creemos deber completarla analizando su origen, su objeto, y los motivos principales que fueron causa de haber fracasado.

Esto será materia de otro capítulo.



CAPITULO XVIII.

EL CLAMOR DE ESPAÑA.

La coincidencia de haber ocurrido estos sucesos en Madrid á poco tiempo de haberse proclamado la República en Francia, fué causa de que generalmente se creyeran consecuencia de la revolución parisiense.

Decíase que en Madrid no hubiera habido movimiento alguno á no verificarse antes en París.

Semejante aserto era inexacto. Los progresistas españoles contemplaban con amargura desde muchos años, que la marcha del gobierno era contraria á los intereses y prosperidad del país.

En su consecuencia, y solo por esta razón, trataron de organizar un alzamiento para dar el grito unísono y general á favor de las instituciones, que era imposible salvarlas pacíficamente, y ansiaban que fuesen una verdad en la práctica.

Por los años de 1846 habíase dado comienzo á tan generosa como arriesgada empresa.

Los sucesos de Francia solo sirvieron para poner en alarma y expectativa al gobierno español, que como ya saben nuestros lectores, lo primero que hizo fué pedir amplias facultades á las Cortes para sobreponerse al código fundamental de las leyes que regían; como si ya sus actos no conculcasen anteriormente estas mismas leyes sin necesidad de apelar á una autorizacion que era un escarnio mas, una burla sangrienta que hacian del sufrimiento del pueblo sus inícuos opresores.

Resulta, pues, que la revolucion de Francia en aquellos momentos, perjudicó notablemente é hizo que fracasáran las dos tentativas de Madrid.

La revolucion que se fraguaba en España, tampoco tenia á la sazón las tendencias que se desarrollaron en el pais vecino.

El clamor de España se reducía á que desapareciese la inmoralidad palaciega y que el gobierno marchase por la línea recta de la legalidad, de las economías y de las saludables reformas que la civilizacion reclama imperiosamente.

En 1847 dieron los liberales una prueba de que sus aspiraciones se limitaban á los principios que acabamos de consignar.

Mandaban en aquella época los hombres designados con el epíteto de *puritanos*, y al observar que su marcha política era mas legal y mas tolerante, no se pusieron en juego los elementos de insurreccion que habia ya entonces organizados, y que en ninguna otra ocasion hubieran podido dar un éxito mas favorable.

¿Y por qué esta conducta?

Porque antes de apelar á la fuerza hacen los buenos patricios todo lo posible para salvar la libertad de su pais por medios paci-

ficos, y solo se lanzan á la liza revolucionaria, cuando no les queda otro recurso toda vez que los gobernantes se erigen en opresores.

Hemos dicho que era favorable esta ocasion puesto que en julio del referido año, cuando se reunió el ejército para invadir el Portugal, se disminuyó la guarnicion de Madrid en tales términos que cuando salió la tropa para la Granja, y la que cubrió el camino con motivo de la marcha de la reina al citado real sitio, quedaron en Madrid solo las tropas que estaban de guardia y cuatro compañías mas en San Francisco.

A pesar de esta circunstancia que tanto favorecia á la revolucion, y de que habia ya algunas fuerzas organizadas y comprometidas, no se alteró el orden en lo mas mínimo.

Es bien cierto que sin el inesperado cambio de ministerio, verificado á las altas horas de la noche, cuando menos se creia, y como hubiesen seguido los puritanos en el sistema adoptado, no se hubiera dado el grito de sublevacion en España; y eso que habia mas de un año que se estaba confeccionando, y que existian ya en la corte muy cerca de cuatro mil hombres organizados en treinta y tres círculos que obraban bajo las órdenes de un directorio.

Para acostumar á los iniciados á reunirse sin que pudiese llamar la atencion el dia que esto se verificase para dar el grito, se les citaba dos, tres y hasta cuatro veces cada mes, y se les pasaba lista, practicándolo por pelotones en diversos dias, y algunos se subdividian para reunirse en distintos sitios, tomando siempre las precauciones oportunas.

Una gran parte de la poblacion, los batallones de la disuelta Milicia nacional y un respetable número de estudiantes de todas

las carreras y facultades, se ofrecieron tambien espontáneamente á secundar el alzamiento.

En enero de 1848 llegó á la córte , á donde habia sido llamado, el señor Buceta, y se le instó á que tomase parte en la revolucion como uno de sus principales gefes.

Habiase aumentado considerablemente el personal comprometido, pero escaseaban las armas, y se tocaban las dificultades que son consiguientes en estos casos para reunir las necesarias, circunstancia que hizo creer generalmente que se retardaria algunos meses el movimiento.

Así las cosas, mandó el directorio formar un plan para llevar á cima la proyectada sublevacion, y se encargó de presentarlo el señor Buceta.

Presentóle á su tiempo y se aprobó por el directorio y por los gefes de los treinta y tres círculos.

En él se proponia, entre otras cosas, suplir la falta de armas, posesionándose á viva fuerza de las que existian en los almacenes del gobierno en Buena-vista y Chamberí, que segun noticias que algunos dias despues se adquirieron eran á fines de febrero 2687 fusiles ingleses; 826 fusiles españoles; 411 carabinas; 62 pistolas; 64 sables de caballería y algunos cañones que habian servido para la instruccion de los realistas.

Habia además: 104 cartuchos de cañon; 147000 de fusil; 18000 piedras de chispa y 566 quintales de pólvora suelta.

Entonces contábase ya con la adhesion de algunas fuerzas militares.

Igualmente se propuso en el plan y convino en ello el directorio, que tanto porque la reunion de los comprometidos era mas fácil, quanto por otras circunstancias que en el mismo plan se ana-

lizaban, el movimiento fuese á la luz del dia, y en uno festivo á las tres de la tarde, cuando las tropas, francas de servicio, están generalmente de paseo.

Trescientos hombres bien armados y escogidos habian de dar comienzo á la alarma situándose á las inmediaciones de los cuarteles para proteger la salida de los militares comprometidos, y embarazar la entrada de los que no lo estaban.

Todo se hallaba ya dispuesto, y solo se aguardaba el señalamiento del dia en que se habia de dar el grito, cuando se supieron en Madrid los sucesos de Francia, que si bien dieron mas animacion al espíritu público, y creyeron algunos que favorecian al plan concertado por los descontentos de España, fué todo lo contrario.

El gobierno hasta entonces no habia tomado providencia alguna, ni tenia, por mas que se quiera suponer otra cosa, conocimiento cierto de cuanto estaba pasando.

Si adquirió noticias de que se conspiraba, no eran por cierto explícitas, ni sabia cómo, por quién, ni cuando habia de estallar la revolucion.

Los sucesos de París fueron para el gobierno una voz de alerta; y á pesar de que los comprometidos de Madrid no desistieron de su propósito, habia de ser su conducta mas prudente y reservada, y sus reuniones menos frecuentes, adoptando un incógnito sumamente especial y estudiado.

No faltaron comprometidos, que meticulosos en demasia, desistieron de su empeño, creyendo que los acaecimientos de París podian llevar en España la revolucion mas allá de los límites á que ellos se habian propuesto llegar, y en verdad que en esto se equivocaron solemnemente.

Resulta, que si en Francia no hubiese ocurrido el cambio político del 28 de febrero, hubiérase dado el grito en Madrid antes del 26 de marzo, y hubiérase dado con mayor oportunidad, sin que precediesen algunas defecciones, en resúmen, de un modo mas compacto y decidido; hallando al gobierno descuidado, y el éxito sin duda alguna hubiera coronado las esperanzas de los liberales.

Por estas y otras razones que omitimos en obsequio de la brevedad, queda probado que los sucesos de París perjudicaron en vez de favorecer á los conspiradores de la Península.

El clamor de España, no fué, pues, un eco del grito que sonó en el Sena; fué un pronunciamiento nacional, hijo de las demasías de los hombres de la *moderacion*.

Sin embargo, á pesar de cuantos inconvenientes se presentaron, señalóse por último el 26 de marzo para dar este grito salvador.

Los domingos primero y segundo de cada mes se reunieron los comprometidos en los puntos que de costumbre lo hacian.

El movimiento habia de estallar simultáneamente en la Puerta del Sol y Buena-vista, debiendo ser secundado en distintos puntos de la capital y pronunciarse las fuerzas militares comprometidas.

Pasaban ya de seis mil personas las resueltas á tomar parte en la sublevacion, y todas se encontraban situadas en la Puerta del Sol, calle de Alcalá, Prado, Retiro, Chamberí y otros puntos.

De ningun modo sospechaba el gobierno que aquel dia fuese el destinado por los liberales para verificar el alzamiento.

Un reten, ó digase puesto avanzado de los sublevados, se situó en un café á donde no entraban mas personas que las que llevaban la seña convenida.

Allí recibia el señor Buceta, cada media hora, parte de todos

los cuarteles de Madrid y de todos los puntos donde se hallaba situada la fuerza comprometida.

Sabíase igualmente que ninguna medida habia tomado el gobierno.

Las guardias no se reforzaron.

La tropa estaba de paseo segun costumbre; los cuarteles en el mayor abandono.

Veinte y siete dobles espías, puesto que como tales recibian salario del gobierno y de los revolucionarios, informaron minuciosamente á estos de cuanto pasaba, asegurando que la policia no habia recibido aquel dia órdenes extraordinarias.

Todo estaba en una calma completa.

Todo presagiaba un feliz resultado á los descontentos.

A las dos y media se igualaron en hora dos relojes que debian servir para sin mas aviso llevar á cima á las tres en punto el movimiento en Correos y en Buena-vista.

El gefe encargado de dirigir la sorpresa de la Casa de Correos, sugeto en quien se tenia ilimitada confianza, avisó á las tres menos cuarto que no podia verificar su cometido.

Inconcebible parece esta conducta.

No podia atribuirse á falta de valor; el sugeto en cuestion le tenia acreditado de una manera inequívoca y en repetidas ocasiones.

Tampoco seria falta de patriotismo y de conviccion íntima en los principios que iban á proclamarse.

¿Serian acaso una excesiva ternera de padre, ó un extraordinario amor conyugal los motivos que con tanta sorpresa de todos obligaron á aquel gefe á faltar á su sagrado compromiso?

Arcano es este que todavia no se ha descubierto.

Semejante negativa obligó á los insurrectos á suspender el golpe hasta las cuatro; mas á esta hora dió la misma contestacion, negándose decididamente á dirigir la empresa.

En tal conflicto no era posible ya prorogar la hora ni buscar otro gefe, porque despues de las cuatro principiaba la tropa á retirarse á los cuarteles, y esto era un grave obstáculo para la ejecucion del proyecto.

Como habia la seguridad de que nada sabia el gobierno, y estaba establecida de antemano por precaucion la costumbre de reunir y mandar despues retirar la gente comprometida, se acordó que aquel dia como los domingos anteriores se retirasen todos.

Efectuóse así; pero sin el menor conocimiento de los principales gefes, y cuando menos se imaginaba, siendo ya las seis de la tarde, súpose que el movimiento se habia efectuado en Buena-vista.

Reunidos á la sazón en el café de la Puerta del Sol algunos de los gefes del pronunciamiento, enteramente ajenos á lo que pasaba, uno de ellos amigo íntimo del gefe superior de los descontentos y encargado voluntariamente de la sorpresa de Buena-vista, creyéndose entonces comprometido por la retirada de la gente esclamó en alta voz:

—El que no me siga ahora mismo á tomar las armas, es un cobarde.

Y se dirigió en el acto adonde estaban los 300 fusiles destinados para las inmediaciones de los cuarteles.

Siguiéronle los que estaban en su compañía, y otros que se les unieron en el camino.

Todos marcharon equivocados; la sorpresa de Buena-vista no era cierta.

El que habia dado la noticia estaba en un error que le costó bien caro, su sangre corrió con profusion.

Ya se han dado detalles de los demás sucesos de la terrible noche del 26 de marzo.

Aquello no fué la revolucion; aquello no fué mas que un aborto desgraciado.

Tan solo trescientas armas se pusieron en juego..... tan solo trescientos valientes resistieron con heróico valor á todas las fuerzas de la guarnicion.

De estos hechos se deduce que en esta ocasion no hubo defeciones ni por parte de los militares comprometidos, ni por la del pueblo, porque aplazado el movimiento para otro dia, no tenian compromiso para aquel, y la falta estuvo en el que fué causa que unos pocos tomasen las armas cuando no era oportuno.

Por todos los sucesos referidos queda demostrado hasta la evidencia que el triunfo del gobierno fué debido á la casualidad, y á fatales coincidencias que ocurrieron; no á su prevision, no á su vigilancia, no á su pericia, ni á su fuerza armada, ni á su policia, ni á su decantado tino.

La prensa adicta al mismo y la tribuna, cuando la han ocupado sus partidarios, han hecho un panegirico del resultado de aquellos sucesos, cuya exageracion demuestran los hechos.

En todo el dia 26 no tomaron providencia alguna las autoridades de Madrid.

Quando ya se habia difundido la voz entre los insurrectos de que se diferia el movimiento para otra ocasion, salió á las seis de la tarde del café Español un grupo de descontentos, atravesó hasta el centro de Lavapiés sin que nadie le detuviera, y allí tomando armas, dieron comienzo á la sublevacion.

Al anochecer empezaron los tiros, y hasta las ocho y media no llegaron las tropas á Correos.

Por último, comparadas las fuerzas del gobierno con las de los poquísimos pronunciados, que por casualidad y sin tino ni concierto se manifestaron hostiles, no tuvieron ciertamente las primeras á quien combatir.

¡Y esto se calificó de triunfo!

¡Y por esto cantaron himnos y batieron palmas los aduladores del dictador!

¡Y por esto recibió el dictador millones y se prodigaron fajas, galones y cruces como si se tratara de una gran victoria conseguida contra triples fuerzas organizadas y dispuestas para el combate!

¡Qué escándalo! ¡Qué vergüenza!

Si tan fútiles escaramuzas se recompensaron de tal suerte ¿qué no hubiera hecho el gobierno de aquellos tiempos, si atacando el régio alcázar á mano armada una gran parte de la guarnición, la hubiesen rechazado veinte ó veinticuatro alabarderos desde la escalera, logrando que no penetrasen en la habitación de la reina?

Sin duda hubiérase destinado una faja de mariscal de campo para cada guardia alabardero, y los tres entorchados y un aristocrático título para el gefe que los mandaba, puesto que tan grandes mercedes otorgaron á méritos verdaderamente despreciables.

Con estas y otras gracias prodigadas por todos los ministerios y en todas las carreras, se adquirió el gobierno una numerosa clientela de parásitos aduladores, para quienes se creaban destinos nuevos cuando no los había vacantes, aumentando escandalosamente los presupuestos á costa de los pueblos ya tan sin piedad oprimidos y esquilados.

¿Qué extraño era que se procurase por todos los medios posibles alejar del poder aquellos hombres inmorales?

El clamor de la España entera demandaba moralidad y buen gobierno, y á consecuencia de este deseo nacional se proyectó la revolución, no porque en Francia ni otros países se hubiese verificado.

La necesidad era local y del momento, y á remediarla se lanzaron los liberales con decidido empeño y perseverancia.

Fracasó la revolución española el 26 de marzo por las causas que hemos designado, mas á pesar de este inesperado revés de la fortuna, no se desistió.

Sin embargo, fué forzoso variar el plan de la sublevación.

Confiada por el gobierno la guardia de Buena-vista á la artillería, y adoptadas otras providencias de precaución, no era ya tan fácil apoderarse de las armas y municiones con que se contaba para el 26.

En este apuro creyóse conveniente que el movimiento se inaugurase por la tropa y lo secundara el pueblo.

Se encargó la reorganización del plan al mismo señor Buceta, quien trató de rehusar esta comisión; pero el directorio no admitió sus disculpas.

Dióse principio á la combinación de los elementos necesarios al efecto, y llegó á contarse con fuerzas de la guarnición superiores á las que permanecían adictas al gobierno.

Compráronse mas armas, y por cierto que el importe de doscientas fué satisfecho por cuenta del bolsillo particular del valiente cuanto malogrado Dominguez.

El número de los afiliados en las banderas de la revolución aumentábase de dia en dia á la par que arreciaban los desafueros de

la dictadura. Para armar á estos afiliados se contaba con las armas sobrantes de los cuarteles cuya tropa estaba comprometida á pronunciarse, despues que se hubiese tomado el parque de Buena-vista, porque las compradas eran insuficientes.

Debemos consignar aquí un hecho que desmiente la calificación gratuita que quisieron algunos dar á la insurrección, hecho que en idéntico caso, á buen seguro no hubieran puesto en práctica los del bando contrario que tanto blasonaban de amor y lealtad al trono.

En el tiempo trascurrido desde 1.º de abril á mayo, ofreciéronse algunos individuos, que tenían la mejor proporción y muy frecuentes coyunturas para ejecutarlo con buen éxito, á prender en el momento de dar el grito, y conducir á la plaza Mayor, como centro que se había elegido para la revolución, á María Cristina, al duque de Valencia y al capitán general.

Esta propuesta, á pesar de que de su ejecución podía surgir un gran resultado en favor de los liberales, no fué admitida por el directorio, contestando estas notables palabras:

«LLEVAR EL PLOMO Y EL TERROR AL SENO DE LA REAL FAMILIA, SOLO QUEDA RESERVADO PARA LOS QUE HACEN OSTENTACION DE SERLE MAS ADICTOS. EN CUANTO Á LOS GENERALES NARVAEZ Y FULGOSIO, NO HAY PORQUE DARLES SEMEJANTE IMPORTANCIA.»

Esta generosa respuesta no es ciertamente propia de unos hombres á quienes con tan feos colores retrataba la prensa de aquellos tiempos.

Semejante contestación á tal propuesta es solo digna de nobles corazones, amantes del orden, por mas que intentaren alterarlo

un momento para restablecer el verdadero equilibrio social sobre las ruinas del imperio del sable.

Si los revolucionarios que se manifestaron hostiles á los hombres de la dictadura en 1848 hubiesen triunfado, la Europa, el mundo entero hubieran visto un ejemplo de cordura, abnegación y patriotismo.

La salud de los pueblos que depende en gran parte de la desaparición de los graves y escandalosos tributos que sobre él pesan, y que la ley jurada fuese una verdad, era el móvil de sus aspiraciones y conducta; y el pueblo hubiera recibido con júbilo las mejoras y adelantamientos progresivos de una administración verdaderamente ilustrada.

Bajo estas esperanzas se lanzaron á la liza los conspiradores del 26 de marzo y del 7 de mayo de 1848.

El regimiento de España fué siempre el mas dispuesto á la revolución, presentándose á los demas militares comprometidos como base del pronunciamiento; pero desgraciadamente sucedieron en él algunos cambios y alteraciones en vísperas del alzamiento del 7, y esto trastornó de tal modo sus elementos, que llegó despues á manifestarse el mas difícil de arrojarse á la pelea.

No podía decirse esto á las demás fuerzas para no desalentarlas; pero era preciso vencer tamaña dificultad, y con este objeto como ya se ha dicho, con solo treinta hombres arrojados, y á su frente el denodado Buceta, se presentó Dominguez delante de otro cuartel, y avanzando con el pañuelo blanco, sufrió el desastroso fin que hemos descrito ya.

Estaba resuelto que un brigadier había de tomar el mando superior al inaugurarse el movimiento en la noche del 6 al 7 de mayo.

Entre los primeros puntos que las tropas pronunciadas habían

de ocupar, tocaba al regimiento de España la Casa de Correos, si le era posible tomarla, y en otro caso la plaza Mayor, á donde habian de concurrir al mismo tiempo otras muy respetables fuerzas militares, estando dispuestas á cubrir diversos puntos las restantes.

El movimiento militar habia de ejecutarse en todas partes á las tres, contando con suficientes elementos para el triunfo, si todos hubiesen correspondido con lealtad á sus compromisos.

Dióse orden á los paisanos para que no salieran hasta las cuatro, con el objeto de que no se anticipasen, ni su presencia en la calle alarmase á las patrullas y comprometiese la empresa.

Cuando el regimiento de España marchaba por la calle de la Montera, llegó á saber Buceta por conducto de un oficial, que el cuerpo de carabineros estaba en la Aduana con su gefe superior y que el capitán general estaba en Correos.

Esta noticia bastó para convencer á Buceta de la imposibilidad de ocupar la Casa de Correos, y se dirigió con la fuerza que mandaba á la plaza Mayor.

Parece que el gefe que habia de ponerse á la cabeza de la demás fuerza militar con que se contaba, recibió á eso de las dos, orden ó aviso de suspender el movimiento hasta nueva determinación.

También se mandó un parte á la casa donde era de suponer estaria Buceta, para comunicarle el nuevo incidente; pero los 30 hombres que habian de acompañarle estaban distribuidos en dos casas; aunque á la sazón se habian reunido todos en una para tomar las armas.

El aviso fué á la casa donde desgraciadamente ya no estaban, y creyendo por esta misma circunstancia, que habian abandonado el punto á consecuencia de haber recibido la contra-orden, no

hizo mas gestion el portador de tan interesante aviso, cuya fatalidad fué causa del resultado funesto que sucedió despues.

¿Quién dió el aviso de suspender aquel movimiento, sin comunicarlo oportunamente y al mismo tiempo á los que debieran ejecutarlo en distintos puntos?

Todavía es un misterio.

A consecuencia de no haber salido todas las fuerzas con quienes se contaba, encontróse solo en la plaza Mayor el regimiento de España.

El brigadier comprometido, no se presentó.

No habia oficiales que mandasen.

Los soldados sublevados no tenían aun repuestas las municiones gastadas el 26 de marzo.

Los sargentos hicieron actos de heroísmo; los soldados imitaron su ejemplo, pero se notaba la falta de buenos oficiales.

Buceta, por mucho arrojo, inteligencia y actividad que desplegase, no podia atender á todo.

Dos ó tres individuos de la clase de paisanos que habian entrado en el cuartel, le acompañaron á la plaza Mayor; pero sus buenos deseos fueron estériles.

Las fuerzas con que se contaba, y que habian recibido el aviso de suspender el movimiento, salieron despues á las órdenes de sus gefes para batir á aquellos con quienes debieran de haber peleado unidos.

Los paisanos no pudieron apoderarse de las armas de los cuarteles, ni de Buena-vista.

Los soldados insurrectos fueron mitigando su valor en proporción que iban convenciéndose de que estaban solos y que carecian de municiones.